

Cola de mono

Era el 13 de febrero de 1937. El cónsul Luigi Ferdinando Baldaro se disponía a partir hacia España para tomar posesión de su cargo en Mallorca.

En el puerto de Nápoles, pintada de azul y blanco, una corbeta soñolienta se fingía barco de crucero; pero en realidad, con poderosos motores trucados conducía a Mallorca a la familia del cónsul y a un grupo de asesores y espías.

Calzada con elegantes zapatitos verdes y marrones de altísimo tacón, ya en la escalerilla, la esposa del cónsul se inclinó para recuperar a la niña de los brazos de la nodriza, quien seguía pasmada de pie en el muelle y no se la entregaba. La pequeña dormía ajena a todo. La nodriza vestía de negro por varios lutos y, cuando le quitaron a la niña de los brazos, miró con ojos ardientes la corbeta como había mirado los féretros que se habían llevado a su marido y a uno de sus hijos. Resplandecía en su cuello un collar de granates, emblema mercenario de aquel último amor. Se quedó con los brazos levantados. Después, como enloquecida, se abalanzó hacia la escalerilla y depositó en el pecho de la niña un rebujo minúsculo. Era una imagen de la Virgen Negra, la milagrosa Virgen del Arco, metida en una bolsita de tela roja doblada en ocho. «¡Que Ella te proteja!», exclamó, y el ardor de los ojos se le transformó en llanto.

Se acostumbraba entonces, en aquella parte del mundo, a besar la mano a las señoras al saludarse o despedirse. Infinitos eran los matices del besamanos para expresar los distintos grados del sentir, de la indiferencia a la pasión. Pero eran tres en especial los tipos de besamanos de los que podía deducirse con certeza la clase social de quien lo realizaba.

Algunos cumplían aquel rito con una mesura, una elegancia, una distancia tales, que enseguida se veía que desde la infancia les habían inculcado todas aquellas reglas de las que el besamanos era, por así decirlo, el examen último. De hecho, en su vida jamás habían estrechado la mano a una señora; del besamanos solo podían pasar a la caricia. Así, cuando se difundió la moda de estrechar la mano a las señoras, como al final de un partido de tenis, la desdeñaron, ni quisieron ni supieron aprenderla; y cuando ese saludo de moda pasó a ser costumbre, en el besamanos de aquellos señores se fue insinuando una especie de mesurada rigidez y solemne determinación, como si no se tratase ya de un acto ritual de cortesía, sino de una profesión de fe.

Estaba además el besamanos de los advenedizos: o demasiado alto, o demasiado profundo, o demasiado torpe o, por el contrario, circunvolutorio y blando; entonces podía deducirse que habían aprendido los buenos modales hacía poco y que en la juventud sus cuerpos no se habían dedicado a la gimnasia de salón ni al tenis, y tampoco sus almas a engatusar a las hermosas mujeres en las tertulias, rozando —ahora a la altura de la muñeca, ahora entre la punta de los dedos, ahora en las cavidades entre los nudillos— la frontera entre el alma y el cuerpo.

Por último estaba el besamanos del cónsul, que no se correspondía ni al del nacido señor ni al del advenedizo, sino más bien al del actor. El ojo sonreía irónico, y con él todo el cuerpo en la curva de la reverencia. En efecto, por sus experiencias vitales y su profesión, el cónsul había tenido ocasión de aprender al mismo tiempo el refinamiento de los buenos modales y la arrogancia de los privilegios que estos encubren.

El cónsul partió con su familia rumbo a la isla a bordo de aquella pequeña corbeta azul y blanca aparejada como barco de crucero, y allí, en sus salones, conoció a la señora de Son Batle.

A la señora le gustó el besamanos del cónsul.

Era entonces tan corpulenta que un criado debía ayudarla a levantarse del sillón. Iba toda vestida de blanco y su cabello gris, tupido como un nido de paloma, seguía salpicado de rubio; surcaba su cara gorda y ambarina una telaraña de arrugas que hablaban de lágrimas y dolores, como hacen en otros rostros las marcas de la viruela o en los de los viejos marineros los surcos grabados por el sol y el mar; sus ojos, de un azul celeste reluciente, parecían dos porcelanas antiguas conservadas quién sabe cómo en una edad de hierro. No parecían, sin embargo, ojos humanos sino de muñeca, y no de esas muñecas con las que se juega, sino de las olvidadas. Sus brazos, desnudos por el calor, y su cuello estaban adornados con preciosas joyas en filigrana de oro, casi un destello de los países orientales de los que procedían, y con perlas, que sugerían el recuerdo de una belleza virginal o de bodas fúnebres. Parecía que en la señora de Son Batle conviviesen dos mujeres: la muchacha que había sido y la mujerona que era. Tal vez del mismo modo se le presentan al arqueólogo algunas antiguas estatuas de diosas, mientras emergen del subsuelo cubiertas de tierra y musgo.

El cónsul percibió de un vistazo —de hecho, era buen conocedor del mundo— a esas dos mujeres; debajo del vestido de algodón blanco y el malsano temblor de la gordura, notó esa virginal belleza. Ahora bien, como a la señora de Son Batle ya no la miraba ningún otro hombre y aquellos que le hablaban jamás, ni siquiera por un instante, parecían dirigirse a ella, la atención de aquel conocido ocasional le gustó.

Estaban sentados en las *chaises longues* uno al lado del otro. La esposa del cónsul acunaba a la niña en el camarote. La señora de Son Batle parecía fascinada por el deslizarse del mar

detrás del barco. El cónsul, en cambio, se mostraba impaciente ante esa vista. Se levantaba con frecuencia y escrutaba el horizonte con los prismáticos, como si la meta se encontrara cerca. El cónsul tomaba café y la señora, licor. Suscitadas por el ocio forzoso y la contemplación del mar, monótono y variado, afloraban de vez en cuando mil anécdotas y relatos.

La señora se había dado cuenta de que el cónsul era un hombre histérico e hipócrita. Dirigiéndose a su hija de pecho como si fuese una adulta lo había oído decir: «Ocupas todo mi camarote; si sigues así ¡tendré que irme!». Además, durante una de sus conversaciones, había notado que de pronto, mientras miraba fijamente el puente, las manos se le habían contraído sobre las rodillas, y cuando ella también dirigió la mirada hacia ese lado vio a un pasajero que, indiferente a la presencia de ambos, acariciaba las piernas de una mujer. Pero sus reservas con respecto al cónsul desaparecieron, tras muchos whiskies y con la ayuda del novilunio, una noche en que, al terminar una larga pausa después de recordar su estancia en Pekín, apagado en él todo eco de afectación e ironía, le musitó desconsolado: «Ya me ha ocurrido todo. No sé por qué la vida es tan obstinada conmigo. ¡Hágase la voluntad de Dios!». Fue entonces cuando la señora de Son Batle decidió abrirse plenamente con él y ofrecerle un verdadero relato (en los viajes por mar el ocio suscita más relatos que la pasión en una mujer enamorada deseosa de cautivar a su amante).

Permítaseme contarle tal como, treinta años después, en una tarde sofocante e interminable que anunciaba un temporal nocturno, yo también tuve ocasión de oírlo de la boca de la hija del cónsul.

El viejo señor de Son Batle, que era hermano del arzobispo de Mallorca, vivía con su hija en una residencia campestre llamada «Casa del Alcalde» (el bisabuelo, en efecto, había sido

alcalde). Su hija, la señora de Son Batle, era entonces una muchacha bella y apacible cuyo aspecto tenía algo imponente, no tanto por sus formas, que se mantenían esbeltas, sino por la firmeza de la mirada y su porte erguido, como si hubiese sido su costumbre transportar sobre la cabeza, al modo de las campesinas, ánforas y canastos. Miraba a los ojos a todos, hombres y mujeres, ancianos o coetáneos, humildes y poderosos, como si no temiera conocer o revelar secreto alguno, suyo o de los demás.

Tenía el pelo rubio, de reflejos leonados, largo y ondulado, y según la costumbre de la isla lo llevó en una trenza enroscada sobre la nuca hasta los quince años, cuando de repente, nadie supo por qué, se lo recogió en un moño. Por entonces, las mujeres de la isla que estaban prometidas acostumbraban a abandonar la trenza por el moño, pero ella no estaba prometida ni quería novio. Ni siquiera su nodriza logró convencerla de que cambiara el tipo de peinado; tampoco su padre se atrevió a insistir.

En verano, a la hora del crepúsculo, se la podía ver en la era de los campesinos contando cuentos a los más pequeños; o por la mañana, en el frescor del patio, bordando historias en tapetes y manteles. Durante las tardes sofocantes, en la penumbra de su alcoba, no dormía la siesta, sino que se quedaba envuelta en una sábana mojada, sentada ante una mesita, absorta, escribiendo relatos o ideando tramas y motivos para sus bordados. De hecho desdeñaba vivir siguiendo las costumbres.

Hacía apenas unos días que su nodriza le había peinado las dos largas trenzas infantiles en aquella única trenza de mozuela, cuando una noche su padre fue a visitarla a su alcoba, y no como un padre visita a una hija, sino como lo hace un chimpancé con su compañera. Desde entonces se le metió en la cabeza que todo ser humano tiene dos caras. Contribuyó a reforzar esta idea, por una jugada de la suerte, un vergonzoso secreto de su cuerpo. En ocasiones algunos niños nacen con una pro-

tuberancia al final de la espalda, a la altura del hueso sacro, que la voz popular denomina «cola de mono». Ella también había nacido así. Unos años antes la habían operado en una clínica de Madrid, y el único rastro de aquella cola era ahora una diminuta cicatriz: también habían sido destruidas las raíces de los pelos. Aquel secreto de su cuerpo y la infame revelación de aquella noche se esparcieron en ella como una cosmogonía y no como triste complejo. La mozuela empezó a pensar que la naturaleza humana era doble y que detrás de cada hombre se ocultaba o acechaba un mono; o incluso que los pobres monos se veían obligados a adoptar rasgos humanos, a veces apolíneos, para gustar a su Creador.

Los ricos y poderosos se obstinaban en querer ocultar esta verdad y, así, las recepciones a las que la invitaban le parecían mascaradas; las ceremonias de la iglesia, parodias; los uniformes de los oficiales, disfraces; los discursos de sus maestros, mentiras. Se le antojaba que solo los artistas habían intentado revelar esa verdad, pero era sobre todo en las fábulas donde la veía bosquejada. Así, bordaba centauros, asnos de cuya piel se desprendían muchachitos, hombres con pies de cabra, damas que al mirarse en el espejo descubrían rostros simiescos. No le guardó rencor al padre; siguió tratándolo con la deferencia habitual, aunque más distante. Sin embargo, nunca dejaba de cerrar con llave la puerta de su alcoba. Atraídos por su belleza y su dote, jóvenes y señores de edad madura trataban en vano de engatusarla, y hasta hubo uno que, disgustado, hizo correr la voz entre la cuadrilla de amigos de que tenía cola de mono. El padre no se atrevía a oponerse a la decisión de su hija, y a muchos eso les extrañó. Sombrío, daba vueltas por la casa y el jardín, apoyado en un bastón; o, sentado debajo de una glorieta lejana, leía libros sagrados. En su lecho de muerte, apenas unos años después, cuando quedaron solos en la estancia, le pidió perdón por haberle arruinado la vida, pero la muchacha le contestó que debía darle las gracias por revelar el secreto

de la naturaleza humana. Y el padre, pese a haber comprendido la condena que suponían aquellas palabras de perdón, para no ofrecerle un espectáculo indecoroso, no encontró otra cosa que decirle que: «Tú eres una santa». Después del funeral, el tío arzobispo la llevó aparte a un salón. La mozuela aprovechó para pedirle que se ocupara de la administración de sus bienes; pero no era eso lo que le interesaba a su tío, que encontró el valor de decirle que era hora de que se buscara un marido. La muchacha le contestó que no era esa su intención. Y para mitigar el rechazo de todo argumento pidió a su tío que apartara el diez por ciento de sus rentas y lo destinara a los pobres. «Será —dijo— mi tributo al mundo.» Y con un destello de cruel malicia, que el arzobispo no logró comprender, la sobrina le pidió que dedicara el diezmo a la memoria de su padre, pero que para enaltecer su modestia solo debían figurar las iniciales de sus cuatro nombres de pila: S(imeó) I(gnasi) M(artí) I(vet). Ahora bien, en lengua mallorquina *simi* significa «simio». El arzobispo dio las gracias a la muchacha y, entristecido en el fondo de su alma, se despidió de ella.

Tras haber rechazado sin altivez, pero con corteses mensajes de agradecimiento y excusas, cincuenta invitaciones durante dos años seguidos —una a un baile, otra a un banquete, otra a la botadura de un barco, otra a una boda—, a la señorita de Son Batle la dejaron en paz. En la alta sociedad se habría perdido su recuerdo si de vez en cuando no se hubiese mantenido vivo gracias a las noticias de las cosas extravagantes que ocurrían en la villa, murmuradas en los salones de boca a oreja. No llevaba una vida monacal, como su tío había temido, sino que había comenzado a frecuentar a los artistas. Y no tanto a los artistas ricos y famosos, nativos o extranjeros de paso, invitados a los salones de la ciudad, sino a aquellos más oscuros y extravagantes. Y a los más pobres llegaba a hospedarlos en su villa, incluso durante meses. Si algún aprovechado, haciéndose pasar por artista pobre, intentaba colarse en aquella casa, don-

de creía que se podía llevar una vida alegre y depravada, huía poco después; allí reinaba, en efecto, un orden casi monástico. Ni siquiera los verdaderos artistas resistían más de unos meses —el tiempo necesario para terminar algún trabajo—, atraídos como solía ser el caso por el multiforme mundo exterior. Entre los artistas, además, había circulado la voz de que nada debía turbar el orden de aquella casa y que la joven propietaria parecía ocultar un doloroso secreto sobre el que no hacía falta indagar. Hubo incluso alguno que, fascinado por la belleza de la señora, cavilaba en torno a ese secreto e intentaba hacerle preguntas, pero, sonriente y plácida, ella cambiaba de tema.

Un día, el tío arzobispo, que no se atrevía a aparecer por la villa, invitó a su sobrina a una reunión privada. En cuanto leyó el mensaje, la joven decidió asignar otro diez por ciento de su renta a los pobres para evitar un encuentro que preveía molesto. Pero no era eso lo que deseaba su tío, quien dejó enseguida a un lado la oferta, rechazando también el acto de donación a favor de sus pobres de una parte de las tierras. Mediante prudentes averiguaciones realizadas en esos dos años supo que su sobrina no llevaba una vida disoluta y que el curso de su jornada se parecía más al de una santa que al de una artista, al menos en la concepción común que se tenía entonces de las artistas en Mallorca; pero además de esta investigación secreta, el arzobispo, que era un hombre sensible, tras observar detenidamente los bordados que por Navidad o Pascua le enviaba su sobrina, se dio cuenta de que ese poderoso mundo fantástico suyo revelaba una sorprendente y casi maliciosa ciencia del mundo. El arzobispo no entendía nada de arte, pero había visitado muchísimos conventos e iglesias y sabía bien —por los bajorrelieves, las esculturas, las pinturas que había visto, no solo en las capillas más apartadas, sino incluso en obras que adornaban el altar mayor, por los frisos de piedra de los portales y los pulpitos— hasta dónde habían llevado su complicidad muchos artistas al describir las tentaciones del diablo, y cómo en la re-

presentación de santos y santas la comunidad de los creyentes había hallado con frecuencia la manera de aludir a lo profano. Ninguna iglesia y ningún palacio sagrado le habían parecido más llenos de escándalo que las estancias de Paolo Farnese en el Castel Sant'Angelo y que la capilla Sansevero en la ciudad de Nápoles, donde se exponía la estatua de la Modestia, apenas cubierta por un velo e inspirada en la madre del comitente. En su aldea natal, en el interior de la isla, había nada menos que un bajorrelieve esculpido en la parte más en sombra del púlpito donde, en un friso con hojas y frutas, se ocultaban en el verdor unos amantes abrazados, y durante la misa él y los otros niños de la aldea se acuclillaban debajo del púlpito señalándoseles; solo los niños, como él entonces, quizás por su estatura, por su curiosidad e irreverencia, parecían haberlos descubierto, y se transmitían ese saber de generación en generación.

Un trabajo de su sobrina le había llamado particularmente la atención, un bordado en punto de cruz que representaba a unos creyentes arrodillados frente al Cristo resucitado; y entre todos ellos —alguno vestido de general, otro de sacerdote, otro de príncipe— él había identificado a un mono que también se inclinaba. Otro bordado reproducía, según un modelo iconográfico bastante difundido en la isla, al creyente en la encrucijada de dos caminos: uno en dirección a la puerta del paraíso y el otro, a la del infierno; pero mientras que en la tradición las dos puertas eran diferentes —una por lo general pintada de negro y la otra de blanco, o bien una pintada de rojo y la otra de azul, o incluso una pintada de varios colores y decorada de varias maneras según el estilo morisco, la otra en cambio ornamentada con la imagen del santo sudario—, en el bordado de su sobrina las dos puertas eran iguales. En particular, el arzobispo identificó en esos bordados algo más que una festiva e ingenua ignorancia: en ellos percibió más bien una malicia teológica. Cuando convocó a su sobrina, sin embargo, no lo hizo impulsado tanto por el celo de la pureza de un alma como por un afectuoso interés. De modo

que enseguida quitó de en medio el argumento de la donación y le dijo: «Debo contarte una historia que nadie ha oído nunca. Para que comprendas que, además de ser tu tío y el arzobispo de Mallorca, soy un ser humano como los demás. Que valga esto para abrirme tu corazón.

»Como sabrás, tu padre y yo crecimos sin progenitores, nos crio un tío que nos hizo de tutor y de padre afectuoso en su casa de Andratx. Un verano, tenía yo diecisiete años, en el mes de vacaciones escolares, el tío me mandó a Son Mas a cobrar unas rentas a uno de sus aparceros. Entonces no había una carretera como hoy, solo un camino de herradura. Desdeñando la mula, que yo consideraba cabalgadura de labriegos, y no pudiendo usar un caballo porque el sendero era impracticable, preferí ir hasta allí a pie y me puse en marcha al amanecer. A la vuelta, poco después de las cascadas, donde el camino de herradura era más estrecho y más hondo el barranco, me crucé con alguien. En dirección contraria a la mía venía una mujer a lomos de una mula, y debo decirte que se me apareció como la Virgen de aquel cuento popular titulado “La Virgen, san José, el niño y el asno”. La mujer, sin embargo, iba sola, y la mula, inmóvil al borde del precipicio —así suelen caminar o plantarse esas bestias—, pese a las incitaciones, fueran duras o amorosas, se negaba a continuar. “Señor —dijo la mujer dirigiéndose a mí—, quizás usted es más experto en estas cabalgaduras. Convenza a mi mula de que siga, dentro de poco caerá la noche y yo debo llegar a Son Mas.” Si bien yo desdeñaba asnos y mulas, era muy experto en manejarlos —de hecho había cabalgado en ellos toda mi infancia—, pero ni con argumentos, incitaciones, amenazas o varazos conseguí persuadirla. Entonces, de repente, la pobre bestia cayó de rodillas y bajó la cabeza, como queriendo decir: “Hagan de mí lo que quieran, pero ya no puedo seguir”. Le dije a la mujer que no quedaba otro remedio que volver atrás. Cosa que, sin embargo, suponía serias dificultades, pues el camino de herradura era estrecho y en ese punto la

mula no podía girar. Pero la mujer se negó a abandonar al animal, habría tenido que pagar su precio a su arrendador. Tuve que emplear toda mi habilidad para que la mula retrocediera hasta una pequeña gruta donde pudo dar la vuelta. Me ofrecí entonces a acompañar a la mujer hasta donde deseaba. Pero ella comenzó a quejarse diciendo que no sabía adónde ir y que era demasiado tarde para regresar a su casa de Ciutat,* de donde había salido por la mañana. Y me preguntó si conocía una posada o una parroquia donde acompañarla. Al no conocer yo posadas, y presa de la angustia de perder tan pronto su compañía, en un arrebato le ofrecí que pernoctase en casa de mi tío.

»Debo ahora adelantar dos acontecimientos que, en ese punto del suceso, aún desconocía.

»El primero es que la mujer se dirigía a Son Mas para ver a su niño de pecho, que tras un pago había confiado a una campesina de la que era pariente lejana. El otro es que, dos días después de la terca negativa de la mula a ir más allá de las cascadas, la montaña se derrumbó sobre el puentecito; aquella mula milagrosa había advertido el peligro.

»No te referiré los miles de detalles de aquel suceso. Viví en esos pocos meses lo que muchos no conseguirían vivir ni en cien vidas. Con frecuencia tuve la impresión de que no podría soportar siquiera los cinco minutos siguientes; otras veces, en cambio, pasaban días enteros como un sueño o como un soplo. En efecto, me enamoré de aquella mujer y la amé. Era la primera mujer que conocía, no solo en el amor sino también en el afecto, porque no había tenido ni madre ni hermanas ni compañeras de juegos. E incluso en nuestra primera infancia se ocupó de nosotros un criado. Mi vida se vio trastocada. En cuanto podía, corría a Ciutat, donde pasaba días enteros en su casa, e incluso noches. Y así, al llegar el otoño, me negué a volver al internado.

* Los mallorquines se refieren así a Palma de Mallorca, capital de la isla. (Todas las notas son de la autora salvo que se indique lo contrario.)

»La hermosa mujer afirmaba ser una viuda obligada por la miseria a servir en la posada de una vieja tía. En una ocasión, al solicitarle yo ir a ver a esa tía suya, me rogó que no lo intentara siquiera y sostuvo que la habría echado, ya que no toleraba visitas masculinas; únicamente habría podido presentarme allí con mi tío para pedirla en matrimonio. Pero yo sabía que él jamás habría accedido a que me casara con una pobre. En realidad era una prostituta; pero yo, ingenuo y ardiente, poco experto en el mundo y cegado de amor, no veía o quizás no quería ver. Mi tío, preocupado por aquella relación de la que se había enterado por casualidad, reunió cierta información y me dijo brutalmente la verdad. No quise creerle. Me hizo llegar además unas cartas anónimas. Pero, tras leer la primera, ni siquiera quise abrir las demás. Finalmente decidió ponerme ante una prueba irrefutable. Me pidió que lo acompañara a Ciutat con el pretexto de atender unos asuntos y después me llevó a un hotelito del puerto donde pernoctamos. Llegaban de la habitación contigua las voces alegres de hombres y mujeres, el tintineo de copas. «¡Ahí dentro está la mujer que amas!», me dijo. Incrédulo, como desafiándolo, acepté mirar por el ojo de la cerradura. Como en un caleidoscopio, los distintos fragmentos de ropas y rostros fueron encajando poco a poco en una imagen completa. Había ahí dos parejas: nuestro aparcerero con una mujer más vieja y la mujer que yo amaba con mi hermano. Ya no conseguí apartar el ojo. Y cuando la pareja mayor salió de la habitación, vi junto a la cara de mi hermano —una cara lozana de muchachote criado en el campo, los bigotes apenas esbozados mojados de vino— la de mi amada abierta al beso; era dulce la mirada y la boca, implorante.

»Mi tío, cuya única intención había sido curarme de una locura pasajera, se arrepintió mucho al percatarse de que me había curado para siempre de las tentaciones del mundo. Y así, para no acabar con mi hermano, con ella o conmigo mismo, o con los tres —mi maraña interior de amor desengañado y de ira me

venía a menudo a la mente bajo las apariencias monstruosas de nuestros tres cuerpos enlazados—, me retiré a los bosques, a una casa de labranza abandonada. Volví más delgado y pálido pero tranquilo: dejaría a mi hermano los bienes mundanos, conservaría para mí los del espíritu. Este fue el origen de mi vocación.

Cuando el arzobispo calló, la joven quedó un rato pensativa. Después se decidió a hablar y dijo: «Jamás habría imaginado contarle a alguien, y mucho menos a ti, mi historia. Y será doblemente dolorosa porque no me afecta solo a mí, sino también a tu hermano, mi padre. A él le dejaste los bienes del mundo y lo trastocaron. Pero que se cumpla todo el destino de nuestra familia». Y le refirió su triste experiencia. Al finalizar el relato añadió: «Creo que ahora puedes darte cuenta de por qué, dejando de lado las distintas épocas en que vivimos y los designios inescrutables de todo destino, después de esa revelación decidí reparar el mal eligiendo un camino distinto del tuyo; tú tuviste la revelación de la bestia en la mujer, a la que con frecuencia se considera más parecida a las bestias que a los hombres, de modo que pudiste encontrar consuelo en el reino del espíritu; en cambio yo descubrí a la bestia en el hombre, que para colmo era mi padre. Desde entonces todo lo humano y paterno se ha convertido para mí en sospechoso. Si alguna vez», añadió con una ligera exaltación mirándolo fijamente a los ojos, «osara imaginarme a Dios, me resultaría imposible no ver asomar detrás de su ojo divino, encerrado en el triángulo, una cola animalesca, indecorosa y anhelante». De la boca del arzobispo no salió una sola palabra de consuelo y, cuando la joven se levantó para despedirse y cayeron de su regazo las escrituras notariales, él no se dio cuenta. Al día siguiente, al criado que le llevó esas escrituras le ordenó que reenviara sin demora el expediente a Son Batle. Su sobrina, sin embargo, se lo remitió de nuevo y él comprendió entonces que debía aceptarlo. No volvieron a verse durante muchos años.

En la vida de muchos hombres ocurre que el consuelo hallado al liberarse de un secreto penoso se parece al efecto de la lluvia sobre la tierra árida. Al poco tiempo de aquella conversación, por primera vez en su vida, la señora de Son Batle se enamoró. Christian, así se llamaba el elegido, era un artista norteamericano que apareció por casualidad una noche cuando en la villa se había reunido un grupo de músicos; la acústica del salón de la planta baja era, en efecto, mejor que la de todos los palacios de la isla. Christian le pidió regresar al día siguiente y, atraído por la extraordinaria acústica de la estancia, y quizás en aquel momento por algo más, se estableció en casa de la señora.

Christian tenía una rara peculiaridad: era compositor y bailarín a la vez. Aunque de hecho la gente vincule estas dos artes, resulta difícil encontrarlas reunidas en una misma persona. La inteligencia del cuerpo, que se manifiesta en la danza, es de una naturaleza por completo distinta a como suele entenderse la inteligencia. En la danza, más que en cualquier otro campo, la distancia entre el artista tal como es en la vida corriente y como es en el ejercicio de su trabajo parece inconmensurable. Pero, siendo además ese joven compositor de música, en él dicha doble identidad se notaba menos.

Christian tenía además otra peculiaridad: guardaba cierta similitud con los simios. No con el mono obscuro y feroz que se le había revelado a ella una vez, sino con los simios del Edén. Como ellos, se alimentaba de fruta, verdura cruda, avellanas y nueces, semillas de girasol y plátanos; solo bebía leche; poseía una agilidad extraordinaria y en el jardín caminaba a menudo sobre las manos.

Tenía la nariz ligeramente achatada, parecida a la de algunos anglosajones, pecas, un vello leonado en la cara, suavísimo al tacto, y fino cabello castaño. Mas los ojos, de un azul intenso, profundos y hundidos, contrastaban con los rasgos agraciados; no expresaban alegría ni calma, sino cansancio y tormento. La boca se le estremecía a menudo, como si el joven desvariase

para sus adentros; la sonrisa era dulce, como si buscara el perdón por su mirada.

Algunas mañanas le temblaban las manos, que se agitaban nerviosas, como si con su continuo movimiento tuviesen que sostener la voz, que parecía siempre alterada en relación con cuanto exigía un discurso corriente. Con frecuencia prefería el silencio a las palabras. El bonito movimiento con el que echaba hacia atrás el pelo, apartándolo de la frente, acentuaba su juventud; entonces parecía más un muchacho que un hombre.

Pero había además otro aspecto de Christian que impresionaba a la señora de Son Batle. Ella, que tenía una aversión instintiva aunque disimulada respecto a todas las manifestaciones animales en el hombre, no experimentaba incomodidad alguna al observarlo. Incluso cuando Christian se rascaba las partes más íntimas, ocultas por un pantalón de lino desteñido —por las noches abundaban en Son Batle los mosquitos—, parecía evocar no las fastidiosas erupciones de la piel, sino más bien sugerir los círculos concéntricos del zumbido nocturno.

La justicia del mundo, sin embargo, es inexorable. El joven no resistía a los dos Christian que era, ahora mono, ahora ángel. Su sonrisa no conseguía reunir esas dos naturalezas. De vez en cuando, como respondiendo a una llamada secreta, desaparecía de la casa y de la isla y regresaba al cabo de un tiempo lleno de dolores en la espalda y las piernas. Viajaba al continente a conseguir morfina y otros opiáceos. En cierta ocasión, llamada para socorrerlo, la señora de Son Batle lo vio temblar como una hoja y estrujarse las manos en la salita de una clínica donde se había internado voluntariamente. Así, la señora de Son Batle se vio en la tesitura de seguir todas las estaciones del calvario de Christian. Ante aquellos miembros doloridos que se sobresaltaban de repente, el tormento de los ojos más y más hundidos, los hermosos rasgos recubiertos de pústulas, la señora de Son Batle ya no consiguió ver en el joven a su amante, sino solo a un hijo. Además, tras el descubrimiento de ese secreto hubo de compar-

tir con él otro secreto inconfesable. El muchacho no solo amaba a las mujeres, sino también a los hombres. Se lo podía ver a veces bailando en los locales más sórdidos para atraer a un amante. La señora de Son Batle envejeció de golpe, se hinchó toda, y para ocultar el dolor y la afrenta empezó a cubrirse con mantillas oscuras, pañuelos y chales; antes solía llevar prendas sencillas, y entre los colores prefería el blanco. Ya no miraba a las personas a los ojos; prefería llevar gafas oscuras, de día y de noche. Se sentaba muda en las salas de espera de lujosas clínicas o bien a una mesita apartada en ínfimos locales, e incluso se la podía ver vagar por el Barrio Chino de Barcelona, frecuentado por peristas y proxenetas.

Una noche se perdió en las callejuelas alrededor de la catedral, y tomara la dirección que tomara, al poco volvía a encontrarse en el mismo punto. Al final, exhausta, turbada por los insultos y las propuestas inconexas recibidas a cada paso, casi ebria —llevaba por entonces siempre consigo en el bolso una petaca de plata llena de whisky—, se sentó en las escaleras de la iglesia, con la cabeza gacha, envuelta en el chal. Y de repente oyó tintinear a sus pies una moneda. Por instinto levantó la cabeza. Volvió a bajarla avergonzada. Pero aquel instante en que había alzado el rostro —a ella la iluminaba una farola, al viandante nocturno lo protegía la sombra— bastó para que la reconociesen. «¡Inés!», exclamó el hombre.

Era uno de los pretendientes que ella había rechazado. Había insistido más tiempo que ninguno. Pero hay amores obstinados que se parecen a los berrinches. En efecto, como les ocurre a los niños mimados, a ese hombre el rechazo lo había colmado de despecho. Había sido él precisamente quien había difundido en los salones de la isla anécdotas escabrosas sobre ella, y fue él quien propagó por ahí que ella había nacido con una cola de mono.

Con galantería levantó a la señora de los escalones. Le preguntó adónde debía llevarla. Ella propuso el Papalló, un local

de la zona. Se sentaron a una mesa en penumbra. Pese a su estado de confusión, la señora de Son Batle se dio cuenta de que las atenciones que le dispensaba el hombre no lograban ocultar un placer maligno: el de ver la destrucción en el rostro y en el alma de la mujer objeto de su antiguo amor o capricho. Con curiosidad febril y morbosa le pedía noticias del joven que ella perseguía. Pero el amor por Christian se impuso al orgullo. Aceptó que aquel hombre detestable la acompañara toda la noche de local en local hasta que, habiendo resultado infructuosa la búsqueda, sostenida por él porque estaba completamente borracha, fue entregada al conserje del hotel.

Al final, cuando Christian llegó a parecer más larva que hombre, la señora de Son Batle lo llevó a una clínica suiza. Veló su agonía durante tres días y tres noches.

El dueño de la funeraria, enterado de sus riquezas, se inclinó servil ante ella, pero la señora encargó uno de los funerales más sencillos y, cuando el hombre le ofreció una hoja de papel para que escribiese el texto del epitafio, se limitó a dictar un nombre. Y quiso que sobre la tumba creciera una mata de margaritas, flores que atraen el llanto.

Pero eso no lo sabía el joven norteamericano aquel día lejano en que conoció a la señora, cuando en el sendero que conducía a su villa —llevaba los pies alegres calzados con sandalias— había tropezado y, para no caer, se había aferrado a una mata de margaritas. Le gustaba su perfume amargo y cortó un ramo. Llegó a la casa con aquellas flores debajo del brazo, como un fardo, como si las hubiese olvidado, y se las ofreció con una sonrisa.

Tras la muerte de Christian, la señora abandonó la isla, a la que regresaba cada tres o cuatro años, y se puso a vagar sin sosiego por los grandes hoteles de todo el mundo. Estaba hinchada por el abuso constante del alcohol, vivía como mantenida a flote por una vaga eferescencia. Ya no escribía ni bordaba cuentos. Aun así, en su comportamiento manifestaba una gra-

cia y una urbanidad que no era fruto de buenos y vacíos modales, sino de una disciplina del espíritu propia de otras épocas.

Al día siguiente de haberle referido la señora de Son Batle su historia, el cónsul la llevó al camarote donde se alojaban su esposa y su hija. Su esposa la estaba amamantando y callaba, concentrada, mientras ellos conversaban. Cuando la pequeña terminó de chupar, su madre se dispuso a cambiarla. «¡Límpiala bien!», dijo bromeando el cónsul. «¡Ponla también de espaldas!» Su mujer obedeció avergonzada, y al final de la espalda de la niña apareció la pequeña cola. «Al nacer estaba cubierta de vello», añadió el cónsul. «¡No parecía una niña sino una mona!»

Cuando la pequeña estuvo vestida, la señora quiso tenerla en brazos y besarla. Acto seguido se quitó una cadenita de oro y se la colgó del cuello a la niña con tres vueltas. «Permítanme que me considere su segunda madrina», les dijo al cónsul y a su mujer.

La mañana en que el barco llegó a Mallorca, subió a bordo en el primer transbordador una vieja decrépita a la que los marineros izaron por la escalerilla, pero que en el puente no quiso ayuda. Andaba con lentitud, pero su paso era firme. Vestía de campesina según la antigua usanza de la isla. Un delantal negro con pliegues rígidos le cubría la falda amplia de áspero paño violeta. Al verla, la señora de Son Batle levantó los brazos. «¡Anyeta, Anyeta!», exclamó. Y con gritos infantiles de asombro y fiesta la estrechó contra ella y se puso a besarla, con los ojos húmedos de llanto. La vieja tenía los ojos secos, la expresión severa. Aferrándose con fuerza a los brazos de la señora, dijo sin resollar: «*Són tots morts... tots morts..., Jordi, Delfí, Joanet... Creu, Caterina, Jaume...*». Y así, la señora de Son Batle se enteró por su vieja nodriza de la matanza de agosto ocurrida en la isla.

Se negó entonces a desembarcar. Recibió a bordo a su aparcero y a su tío arzobispo. Al día siguiente partió de nuevo, como una reina ultrajada.

En el momento de la despedida, con rígida cortesía aceptó el besamanos del cónsul. Su mano estaba fría.

Pero mantuvo el compromiso respecto a su ahijada. Siempre, mientras vivió, desde cualquier parte del mundo donde se encontrara, le envió regalos y pidió noticias de ella.